

## Como si hubiera un mundo ahí afuera

Humor. Infidelidad. Paternidad. Duelo. Imposibilidad. *En presencia de un payaso*, del escritor español Andrés Barba, gira alrededor de esos temas, como grandes centros organizadores de una trama que se articula en torno a dos ejes narrativos: las dificultades de un científico, Marcos Trelles, para escribir un microrrelato autobiográfico para la *Review of Modern Physics*, que acaba de publicarle un ensayo en el que describe su descubrimiento sobre nanopartículas. Y el reencuentro de dos hermanos, la mujer de Marcos, Nuria, y Abel, un cómico que tuvo sus quince minutos de fama en España años atrás y que vive afuera, pero regresa a la casa de su madre después de que ésta muere. Allí se produce el reencuentro y la presencia de Abel, el payaso, enrarece los vínculos y la percepción que el propio Marcos tiene de sí mismo.

Los intentos, siempre infructuosos, de Marcos por escribir ese texto autobiográfico —el nodidamiento de Gombrowicz— aparecen como la cara oscura de sus posibilidades para descubrir algo fundamental como científico. Ese estar comenzando todo el tiempo un texto, casi como una náusea, termina pareciéndose sospechosa y metafóricamente, a cierta tensión crucial que



**EN PRESENCIA DE UN PAYASO**

Andrés Barba

Anagrama

178 págs

\$160

se le plantea a un escritor: por dónde empezar. Y cómo seguir. Marcos, el anti-escritor, se queda siempre en el comienzo, sin poder establecer una continuidad.

Al mismo tiempo, esa barrera funciona como una clave para leer las dificultades que atraviesa la relación con su mujer, Nuria, enrarecida por la presencia del cuñado-payaso, pero también por la obsesión que Marcos tiene con una infidelidad confesada de su pareja. Infidelidad duplicada por la de su propia madre, la de Marcos, y que remite al vínculo familiar de sus padres y a las características de su padre, “sospechado” de gay, y acaso uno de los personajes más entrañables de la novela, junto con el de la suegra, una ar-

tista plástica desconocida que deja un mundo raro después de su muerte. “Otro padre” ilumina el libro y al mismo tiempo le da sombra, lo cobija, como un árbol. El de la dedicatoria, el “real”, Andrés Barba López.

En ese clima intimista y en una trama que aparenta ser circular: parejas, familias, un texto autobiográfico que se resiste a ser escrito, la novela avanza, sin embargo, veloz. La escritura de Barba es lineal. Hay una búsqueda de la perfección en ese laboratorio que el autor establece en cada uno de sus libros. No faltan ni sobran palabras. No es, Barba, un rupturista sino que las frases están ordenadas como la gramática española manda. Y sin embargo, es una escritura actual. Nueva. Como si hubiera un mundo ahí afuera, o ahí adentro, que descubrir en cada frase. Y las densidades, intensidades de los vínculos, y los tormentos de Marcos, punto de vista exclusivo del libro, en rigurosa y cercana tercera persona (igual que el de la hermana sin nombre en su novela *La hermana de Katia*), van armando el rompecabezas al que, como en la vida, siempre le faltan algunas piezas, acaso las más importantes: las perdidas.

Gabriela Saidón

mos reír, quién determina lo prohibido y en qué términos se legisla. Este título me dio la clave para hacerlo en ficción. Se habilitó un espacio al que no podía entrar por la especulación teórica. Y ahora vuelvo a trabajar en el ensayo sobre la risa.

—Sobre los límites del humor, los intelectuales atacaron a Roberto Benigni cuando se estrenó *La vida es bella*.

—Hasta ese momento el Holocausto era la antimateria del humor. Sólo se podía entrar sacramentalmente. En esa ola de insultos y de animadversión contra Benigni, el escritor superviviente de Auschwitz, el húngaro Imre Kertész, luego Premio Nobel, escribió un artículo. “A quién pertenece

Los físicos son los filósofos de la ciencia. Son los más humanistas, los más excéntricos,

gente se lo tome en serio, porque una comedia siempre se considera de segunda categoría. Como el propio Cervantes la consideraba. Para Cervantes, su gran obra era el *Persiles y Segismunda*, que era sería en los términos de la época.

—Tu payaso no parece inscribirse en una tradición cervantina.

—Yo pensé: qué pasaría en un país como España si existiera un payaso político que sentara a un maniquí en el Congreso, como lo hace el protagonista. Sería algo plausible porque España tiene una actuación política muchas veces de castigo, y un gran sentido de lo teatral. Igual que en Italia, la acción política de Bepe Grillo,

Y sin embargo, en esta novela los nombres salieron solos. Abel, el payaso, es un nombrador. Representa el orden y con su muerte comienza la gran decadencia. El asesinato del hombre justo. En ese sentido, Abel es un nombre significativo.

—Nuria es un personaje aquí y también en *La hermana de Katia*, es la hermana muerta de la madre.

—No me acordaba. ¿Y aquí quién es Nuria? ¿La mujer, o la madre?

—¡La mujer! Un personaje clave es la suegra, como la artista que en ningún momento triunfa pero persiste.

—Sí. No sólo tengo una simpatía privada por ese tipo de personas sino que los hombres de la civilización son los de esa gente. En términos artísticos también. Porque los grandes genios están con los pies apoyados sobre una enorme meseta, fabricada con estratos de gente que ha trabajado toda su vida, ha tenido hallazgos medios, y ha ido generando un estrato fundamental para que una persona dé un salto cuantitativo y ponga la barrera más arriba.

—Eso valdría para la ciencia, porque una frase referida a Marcos, el físico, dice: “Siempre se había preguntado cómo se sentiría si alguna vez descubriera algo”. Y el descubrimiento lo hace gracias a una becaria.

—Claro. El mundo de la ciencia física se parece al de la filosofía. Es más intuitivo que deductivo. Los filósofos que me interesan más funcionan por golpe de intuición: Nietzsche, Zambrano, Simone Weil, Sartre. Por eso pensaba que me podía poner en la piel de un físico. Además, los físicos son los filósofos de la ciencia. Son los más humanistas, los más excéntricos, los más cercanos a nosotros, a la secta de los literatos. Los más capacitados para entender la literatura como búsqueda de un saber. Yo nunca me he sentido un escritor literario, te voy a decir la verdad. Los estilistas siempre me producen muchas sospechas porque no son capaces de renunciar a un acierto lingüístico aunque sea mentira. Y yo estoy en el extremo opuesto. Me encanta que la verdad me estropee una buena frase.

—Pero en más de una oportunidad hablaste bien de *El pasado* de Alan Pauls, que estaría en ese otro extremo.

—Hombre, Alan es un estilista. Además, con unas referencias muy claras a Bernhard. La sombra de Bernhard, ¡uf!... Herralde, el editor de Anagrama, me decía: “Cuando empecé a publicar a Bernhard llegaban toneladas de novelas bernhardianas. ¡Creo que es el escritor más infec-